

Dossier: Historia intelectual de (y desde) América Latina. Parte 1.

El ensayista e historiador español Juan Marichal (1922-2010) contaba que, la primera vez que impartió un curso sobre historia intelectual de América Latina en la Universidad de Harvard, un colega, especialista en historia europea, lo cuestionó: “¿Hay acaso una historia intelectual de la América Latina?” (Marichal, 1978: 19). Esta pregunta, que probablemente fue enunciada en una conversación de pasillo sin demasiada premeditación, condensa una arraigada idea con marcados tintes colonialistas: que en América Latina —y, para muchos, en el Sur Global en su conjunto— no existen ideas originales y valiosas, que desde hace más de cinco siglos lo único que se ha hecho es copiar y pegar las ideas producidas en el Norte Global, esto es, las de Europa y Estados Unidos.

Posteriormente, en 1978, Juan Marichal dio en Madrid una serie de conferencias en las cuales defendió la relevancia de hacer historia intelectual de las regiones periféricas. Arrancó estas conferencias, que más adelante fueron publicadas en forma de libro con el título de *Cuatro fa-*

ses de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970), estableciendo una diferenciación entre la historia de las ideas y la historia intelectual. La historia de las ideas, que estaba cerca de la historia de la filosofía y tenía como máximo exponente a Arthur Lovejoy, se enfoca en el estudio de las “ideas-núcleos” y en cómo éstas migran, prácticamente sin sufrir alteraciones, de un contexto a otro. En cambio, la historia intelectual parte del supuesto de que “las ideas no existen desligadas de las vidas humanas que las originan y las sustentan” —por esta razón pone énfasis en las “encarnaciones temporales” de las ideas, en sus contextos de producción y recepción (Marichal, 1978: 23).

Partiendo de esta definición, Juan Marichal esbozó, en tono programático, dos principios teórico-metodológicos para la historia intelectual. El primero, que no solo deben estudiarse los textos canónicos, sino también los textos secundarios o marginales —tanto “los textos de autores menores que han sido como afluentes tributarios en la génesis de un pensamiento

central”, como “los textos derivados, a manera de estribaciones laterales, de una fuerte personalidad creadora” (Marichal, 1978: 23)—. Solo así se puede entender una época plenamente, captando la pluralidad de sus matices. Siguiendo a Benedetto Croce, Juan Marichal sentenciaba: “la significación cultural de una época se halla con frecuencia en la autora menor —por ejemplo, Madame de Staël— mucho más claramente que en el gran filósofo, digamos Hegel” (Marichal, 1978: 24).

El segundo principio era que la historia intelectual tiene que poner atención no solo a las ideas producidas en los centros —o “zonas centrales de formulación ideológica—, sino también a las producidas en las periferias —o “zonas, más o menos alejadas, de matización ideológica” (Marichal, 1978: 24)—. El argumento era que, a menudo, los detalles que revelan de mejor manera el significado histórico de una época se encuentran, más que en los centros o las metrópolis, en las regiones o países marginales. Dicho en otros términos: las ideas producidas en los núcleos únicamente cobran sentido pleno al observar con detenimiento los distorsionados reflejos provenientes de los bordes.

Estas conferencias impartidas por Juan Marichal hace casi medio siglo, a las

cuales llegué gracias a Horacio Tarcus —quien lleva varias décadas estudiando la historia del marxismo latinoamericano—, funcionaron como sustrato para un racimo de preguntas: ¿por qué es relevante hacer historia intelectual de América Latina? Sobre todo, ¿cómo hacer historia intelectual desde América Latina? ¿La historia intelectual de (y desde) América Latina tiene ciertas particularidades? ¿Qué retos teóricos específicos plantea? ¿Qué metodologías propias requiere establecer? ¿Qué temáticas o problemáticas atípicas presenta? ¿Aporta perspectivas novedosas?

Este *dossier*, dividido en los números doce y trece de *Inflexiones. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, intenta esbozar algunas respuestas tentativas de forma colectiva. No aspira a construir un programa o establecer una postura general. Lo que busca es divisar ciertas trayectorias y, de esta forma, discernir caminos ya transitados y por transitar. En este esfuerzo participan autoras y autores con una reconocida trayectoria en el ámbito de la historia intelectual, provenientes de distintos países latinoamericanos. Cada una y cada uno parte de un punto de vista singular y, agrupados, conforman un mosaico que manifiesta la plural vitalidad que tiene actualmente la historia intelectual en América Latina.

Es así que esta primera parte del *dossier* la componen tres textos: Carlos Marichal analiza algunas de las principales escuelas, grupos de trabajo y protagonistas de la historia intelectual en América Latina y, así, construye una visión panorámica de lo sucedido en este campo de reflexión e investigación en las últimas tres décadas. Por su parte, Aimer Granados, tomando como punto de partida el caso de la red intelectual establecida por el neogranadino Manuel Ancízar, reflexiona en torno a las dinámicas transnacionales de circulación y usos de impresos que se desarrollaron en la cuenca del Pacífico sudamericana a mediados del siglo XIX. Por último, Consuelo Sáizar de la Fuente estudia dos procesos desencadenados por el llamado del Boom latinoamericano en los años sesenta del siglo XX: la globalización de la novela latinoamericana y la profesionalización de ciertos escritores de la región.

Dr. Luciano Concheiro San Vicente
Coordinador del *dossier*

Bibliografía

Marichal, Juan, 1978. *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana (1810-1970)*. Madrid: Fundación Juan March/Cátedra.